



Czesław Miłosz
La mente cautiva

Galaxia Gutenberg

© Faber & Faber LA DEMANO N/E
18.11.15

Czesław Miłosz nació en Szetejnie (Lituania) y murió en Cracovia en 2004. Ensayista, narrador, traductor y, ante todo, poeta, es una de las figuras más relevantes de la literatura contemporánea. Los acontecimientos históricos del siglo XX le obligaron a un exilio continuo, primero dentro de Polonia durante la Segunda Guerra Mundial y, después de ésta, en Francia y en Estados Unidos, donde se estableció en Berkeley a principios de los años sesenta. No regresó a Polonia hasta 1993. Durante todo su periplo no abandonó nunca la lengua polaca, que se convirtió en su único refugio. En 1951 rompió cualquier lazo con el régimen comunista que se había impuesto en Polonia, pidió asilo político en París. Los años siguientes, hasta la aparición de *La mente cautiva* (y, en algunos casos, incluso más tarde) fue repudiado por todos los sectores, la emigración polaca, los autores polacos dentro de Polonia, los grupos comunistas en París, y no pudo reunirse con su familia en Estados Unidos hasta el año 1960. En esa década publicó aún dos libros de ensayos, entre ellos *Mi Europa familiar*, y dos libros de poemas que lo situaban entre los autores polacos más importantes de su generación. No obstante, esa información ya no podía circular en Polonia, puesto que sus libros fueron prohibidos en Polonia, como también la sola mención de su nombre. Prohibición que duró hasta el año 1980, cuando recibe el premio Nobel de Literatura. Un par de años antes, en 1978, había recibido el Premio Neustadt. Desde el año 1960 vivió en San Francisco, donde enseñaba literatura en la Universidad de Berkeley, publicaba sus libros en el Instituto Kultura de París, y contribuyó enormemente a popularizar la poesía polaca en Estados Unidos. En 1982 imparte las famosas conferencias de Harvard, que después recoge en un libro de ensayos. Desde 1993 empieza a pasar temporadas en Cracovia, la ciudad que más le recordaba a su Vilna natal, hasta que se establece definitivamente. Allí muere en el año 2004.

En 1951 Czesław Miłosz, que había ejercido la función de agregado cultural del gobierno comunista de Polonia, pide asilo político en Francia. Durante los años que ha estado trabajando para el nuevo sistema impuesto en Polonia puede conocer los diferentes ardides del poder para ir recabando autores que puedan serle útiles, y también los cambios que se producen en esos autores que quedan bajo los efectos del encantamiento y tienen que ir amoldándose a las nuevas exigencias. Y en 1953 publica el presente libro, cuando el realismo socialista había llegado a su punto más álgido. En *La mente cautiva*, Miłosz descubre todos los entresijos de ese sistema a partir de las experiencias de cuatro autores. Ante el lector se abre toda una maquinaria con todas sus piezas de la que la mente tiene difícil escapatoria. La desenmascara en un libro ya clásico sobre un sistema que dejó cautivadas a numerosas mentes dentro y fuera de los países en los que se aplicaba. Pero no están únicamente las relaciones de los escritores con el poder, Miłosz ahonda en las necesidades humanas, en el terror de una época de la Historia y en la imposición de la necesidad histórica.

La decisión de Miłosz, como escritor que también habría podido sucumbir a esa seducción, es un ejercicio de libertad, de libertad del hombre y del propio escritor, y un análisis penetrante de gran calidad literaria acerca de la fascinación que ejerce el poder. Con los años, *La mente cautiva* se convertiría en un libro de referencia sobre cualquier sistema totalitario.

La mente cautiva fue el inicio de la producción ensayística de Czesław Miłosz, uno de los poetas imprescindibles del siglo xx. En 1958 publica *Mi patria familiar*, un ensayo sobre la zona donde nació y creció, esa Europa que durante muchos años ha sido desconocida por Occidente. Galaxia Gutenberg publicará próximamente este segundo ensayo en una nueva traducción directa del polaco.



Esta obra ha sido publicada con una
subvención del *Book Institute - the ©POLAND Translation Program*

Título de la edición original: *Zniewolony umysł*
Traducción del polaco: Xavier Farré Vidal

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero 2016

© The Estate of Czesław Miłosz, 1951, 1953. Copyright renovado en 1981
Reservados todos los derechos

© de la traducción: Xavier Farré, 2016

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Imagen de portada: © Wilczyński Krzysztof, publicada por cortesía de Jan Potworowski y Muzeum Narodowe w Warszawie

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-77-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Si dos se discuten, y uno de ellos tiene honestamente el cincuenta y cinco por ciento de razón, eso está muy bien y no hay motivo para pelearse. ¿Y si tiene el sesenta por ciento de razón? ¡Esto es fantástico, es una gran suerte y debería dar gracias a Dios! ¿Y qué diríamos si tuviera el setenta y cinco por ciento de razón? La gente sabia diría que esto es muy sospechoso. ¿Y si fuera el cien por cien? Quien diga que tiene el cien por cien de razón es una mala bestia, un saqueador repugnante, el mayor de los canallas.

UN VIEJO JUDÍO DE GALITZIA

Prólogo

Se me hace difícil definir en pocas palabras el carácter de este libro. Intento mostrar en él cómo funciona el pensamiento humano en las democracias populares. Como el objeto de mis observaciones ha sido el círculo de los escritores y artistas, se trata principalmente de un tipo de estudio alrededor de dicho grupo que, sea en Varsovia, en Praga, en Budapest o en Bucarest, juega un papel importante.

La dificultad radica en que la gente que escribe sobre la actual Europa Central o Europa del Este son habitualmente políticos de la oposición que han logrado salir del país, o también ex comunistas que proclaman públicamente su decepción. No quisiera que me contaran ni en un grupo ni en otro, puesto que no sería acorde con la verdad. Pertenece a la categoría, quizás la más numerosa, de los que en el momento en que su país pasó a ser dependiente de Moscú, intentaron mostrar su obediencia y fueron utilizados por el nuevo Gobierno. El nivel de compromiso político que se exige de ellos depende de cada caso particular. En cuanto a mí se refiere, nunca fui miembro del Partido Comunista, aunque durante los años 1946-1950 trabajé como diplomático del Gobierno de Varsovia.

Surge la pregunta de por qué, encontrándome lejos de la ortodoxia, acepté formar parte de la máquina administrativa y de propaganda si, a causa de mi estancia en el extranjero, podía fácilmente romper todos mis lazos con un sistema cuyas características se hacían cada vez más evidentes en mi patria. Tengo la esperanza de que los cam-

bios que sufrieron mis amigos y colegas, unos cambios que analizo aquí, puedan responder parcialmente a esta pregunta.

Durante todos estos años he tenido la sensación de ser un hombre que podía moverse con bastante libertad, pero que arrastraba tras de sí por todas partes una larga cadena que lo ataba a un lugar concreto. Esta cadena era parcialmente de naturaleza externa, pero también, y esto es lo más importante, se encontraba en mí mismo. De naturaleza externa; imaginémosnos a un científico que tiene su laboratorio en una de las ciudades de la Europa del Este y que para él es muy importante. ¿Le sería fácil renunciar a ese laboratorio? ¿No sería más bien que estaría dispuesto a pagar un precio elevado, tan sólo para no perder lo que en su vida tiene tanta importancia? Ese laboratorio era para mí mi lengua materna. En virtud de poeta sólo en mi país tenía a mi público y era sólo allí donde podía publicar mis obras.

La cadena era también interna, mucho me temo que son unas causas que no se dejan esbozar tan fácilmente. Hay gente que puede soportar bastante bien el exilio. Otros lo sienten como una gran desgracia y están dispuestos a llegar muy lejos en su compromiso tan sólo para no perder la patria. Además, hay que tener en cuenta hasta qué punto el Juego absorbe al hombre. Así como mucha gente en la Europa del Este, yo también estaba comprometido con el Juego: el de concesiones y declaraciones externas de lealtad, de astucias y movimientos poco limpios en defensa de unos valores. Este Juego, al no estar exento de peligros, crea una solidaridad entre aquellos que forman parte de él. Esto también pasó conmigo. Me sentía solidario con mis amigos de Varsovia y el hecho de la ruptura se me presentaba como desleal. Y finalmente, había consideraciones de carácter ideológico.

Antes del año 1939 era un joven poeta cuyos poemas encontraban un reconocimiento en algunos cafés literarios de Varsovia; mi poesía, como la poesía francesa, que valo-

raba especialmente, era poco comprensible y cercana al surrealismo. A pesar de que mis intereses eran principalmente literarios, los problemas políticos no me eran ajenos. No me entusiasmaba el sistema político de entonces. Llegó la guerra y la ocupación nazi. Pasé algunos años bajo la ocupación, y fue ésta una experiencia que me cambió considerablemente. Antes de la guerra, mis intereses acerca de los problemas sociales eran expresados en apariciones ocasionales en contra de los grupos de extrema derecha y en contra del antisemitismo. Bajo la ocupación adquirí una mayor conciencia de la importancia social de la literatura, mientras que las crueldades de los nazis influyeron fuertemente en el contenido de mis obras; al mismo tiempo, mi poesía pasó a ser mucho más comprensible, tal como ocurre habitualmente cuando un poeta quiere comunicar algo importante a sus lectores.

En el año 1945 los países de Europa del Este quedaron subyugados por la Nueva Fe que provenía del Este. En los círculos intelectuales de Varsovia se había convertido en una moda comparar el comunismo con el primer cristianismo; *La decadencia y caída del Imperio romano* de Gibbons realmente merece una nueva lectura en nuestros tiempos y nos facilita muchas analogías. Los espacios de Europa en los que, gracias a las victorias del Ejército Rojo, se podía inculcar la Nueva Fe, eran completamente paganos. Para poner en marcha los aparatos del Estado, era evidente que se tenía que utilizar a los paganos. Se dio la circunstancia de que yo estaba considerado como un «buen pagano» por el mero hecho de mi animadversión hacia las doctrinas totalitarias de derechas; es decir, aquel de quien se puede esperar que gradualmente quedará convencido de la pertinencia de la ortodoxia.

Mi actitud con la nueva religión laica, y especialmente con el Método en el que aquella se basaba (el Método Diamat, o materialismo dialéctico, pero no en la concepción de Marx y Engels, sino en la concepción de Lenin y Stalin),

era de desconfianza. Pero esto no significa que no experimentara en mí mismo, igual que otros, su potente influencia. Me esforcé en convencerme de que podía conservar mi propia independencia y podía establecer algunas normas que no iba a infringir. En la medida en que se desarrollaba la situación en las democracias populares, las fronteras en las que me podía mover como escritor se hacían cada vez más estrechas, pero a pesar de todo no quería darme por vencido.

Para mucha gente, el hecho de que un ciudadano de un país que pertenece a las democracias populares busque asilo en Occidente es algo evidente. Para muchos otros, que sienten simpatía hacia el Este, alguien que tiene su existencia asegurada en Varsovia o en Praga y decide escaparse tiene que estar loco. Después de mi ruptura, que tuvo lugar en París, uno de los psiquiatras franceses del Partido apuntó la tesis de que muy probablemente yo estaba desequilibrado. Considero que una huida de este tipo no es ninguna muestra de locura, ni un acto cuyo significado sea evidente. Hay que juzgarlo según las particularidades de cada caso individual.

En mi país la adhesión obligatoria y sin reservas de los escritores y los artistas al «realismo socialista» fue bastante tardía, en los años 1949-1950. Esto equivalía a exigir de ellos una ortodoxia filosófica al cien por cien. Con asombro me percaté de que no estaba capacitado para hacerlo. Durante muchos años había mantenido un diálogo interior con aquella filosofía, así como también un diálogo con varios amigos que la acogieron. Una oposición emocional decidió que la rechazara irrevocablemente. Pero precisamente gracias al hecho de que durante mucho tiempo sopesé los argumentos a favor y en contra puedo ahora escribir este libro. Es a la vez un intento de descripción, como un diálogo con los que se declararon a favor del estalinismo, y asimismo un diálogo conmigo mismo. Hay, pues, en él tanto de observación como de introspección.

La posición del escritor en las democracias populares es muy buena. El escritor se puede dedicar exclusivamente a la creación literaria, que le reporta unos ingresos al menos equiparables al sueldo de los más altos dignatarios. Pero el precio que tiene que pagar para tener esa vida libre de preocupaciones materiales es, en mi opinión, demasiado alto. Al decir esto temo presentarme bajo una luz demasiado favorecedora, como una persona que toma una decisión exclusivamente por su odio hacia la tiranía. En realidad pienso que los motivos de la actuación humana son complicados y no se dejan reducir a un solo motivo. Estaba dispuesto a cerrar los ojos ante muchos hechos abominables, con tal que me permitieran dedicarme con tranquilidad a la métrica de los versos y a traducir a Shakespeare. Todo lo que puedo hacer es afirmar que me fui.

Ahora intento sacar provecho de mis experiencias. Quisiera mostrar que la vida en los países que se han encontrado bajo el influjo del Imperio del Este esconde en sí misma muchos secretos. Cada vez que pienso en el nuevo sistema social que me ha sido dado conocer, siento estupor; tal vez algo de este estupor ha penetrado las hojas de este libro. «¿Cómo se puede ser persa?», se preguntó Montesquieu, queriendo expresar el estado mental de muchos parisinos que dudaban de si era posible cualquier otra civilización diferente a la que conocían. «¿Cómo se puede vivir y pensar en los países estalinistas?», se preguntan muchos hoy en día. En otras palabras, tenemos aquí una ocasión para analizar cómo el ser humano se adapta a circunstancias increíbles.

Quizás sea mucho mejor que no haya sido uno de los fieles. Mi abandono no me ha dejado con ese odio que deriva normalmente de la sensación de desertión y de sectarismo. Si estaba destinado a quedarme como un pagano hasta el final de mis días, no significa esto que no debería esforzarme a entender lo mejor posible la Nueva Fe que siguen hoy en día muchas personas desesperadas, amarga-

das y que no encuentran esperanza en ningún otro lugar. Pero «entender» no significa aquí «perdonarlo todo». Mis palabras son a la vez una protesta. Le deniego a la doctrina el derecho de justificar los crímenes que se han cometido en su nombre. Y al hombre contemporáneo que olvida qué miserable es en comparación con lo que puede ser un hombre le deniego el derecho a medir con la misma vara el pasado y el futuro.

I

Murti-Bing

No fue hasta la mitad del siglo xx que los habitantes de muchos países europeos tomaron conciencia, en general de una manera bastante desagradable, de que los libros filosóficos, complicados y demasiado difíciles para un mortal común, tienen una influencia directa en sus destinos. La porción de pan que comían, sus ocupaciones, sus propias vidas y las de sus familias empezaron a depender, tal como pudieron comprobar, de cómo se resolvía una disputa sobre unos principios a los que hasta entonces no habían prestado la más mínima atención. En aquella época, un filósofo era a sus ojos una especie de soñador cuyas divagaciones no tenían consecuencias reales. Cualquier hombre corriente, incluso si, con gran aburrimiento, pasaba los exámenes de filosofía, intentaba olvidar lo más pronto posible dicha materia como si fuera algo que no servía para nada. El gran trabajo intelectual que llevaron a cabo los marxistas podía ser visto ante sus ojos como otra variación de un divertimento fútil. Tan sólo algunos individuos entendieron el significado de aquella indiferencia, sus motivos y las supuestas consecuencias.

En el año 1932 en Varsovia apareció un libro extraño. Era la novela *Insaciabilidad*, editada en dos volúmenes. Su autor era Stanisław Ignacy Witkiewicz, filósofo, pintor y escritor. Este libro, igual que su anterior novela *El adiós al otoño* no podía contar con muchos lectores. La lengua que utilizaba el autor era difícil, llena de neologismos que había creado el mismo Witkiewicz, las brutales descripciones de

escenas eróticas se encontraban al lado de páginas llenas de discusiones sobre Husserl, Carnap y otros teóricos del conocimiento contemporáneos. Además, no siempre se podía distinguir la gravedad de la bufonada, y el tema parecía ser una pura fantasía.

La acción de la novela tiene lugar en Europa, concretamente en Polonia, en un futuro cercano no determinado con exactitud, que igualmente podría ser considerado como un momento presente, es decir, tanto podían ser los años treinta, como los cuarenta o los cincuenta. El mundo presentado es el mundo de los músicos, los pintores, los filósofos, la aristocracia y los altos cargos militares. El libro no era nada más que un estudio de la degradación: una música demente que se basa en las disonancias; perversiones eróticas; un consumo extendido de las drogas; pensamientos huérfanos que buscan en balde algún apoyo; falsas conversiones al catolicismo; complicadas enfermedades mentales. Todo esto tenía lugar en un momento en que se decía que la civilización Occidental estaba amenazada, y en un país que estaba expuesto a los primeros ataques del ejército del Este: ese ejército era el ejército mongol-chino, que dominaba el territorio que iba desde el océano Pacífico hasta el Báltico.

Los personajes de Witkiewicz son desgraciados, puesto que les falta cualquier tipo de fe y también la percepción de que sus acciones tienen algún sentido. Esta atmósfera de desidia y de insensatez se extiende por todo el país. Entonces, en las ciudades aparece una gran cantidad de vendedores que venden en secreto la pastilla Murti-Bing. Murti-Bing fue un filósofo mongol que consiguió producir un medio de transmitir «la visión del mundo» por vía orgánica. Esa «visión del mundo» de Murti-Bing que constituía, por otra parte, la fuerza del ejército mongol-chino, se encontraba en unas pastillas de manera concentrada. Quien tomaba una pastilla Murti-Bing se transformaba por completo, adquiría serenidad y felicidad. Los problemas con los

que se habría enfrentado hasta entonces de repente le parecían superficiales y sin importancia. Y miraba con una sonrisa de indulgencia a la gente que se preocupaba por ellos. En primer lugar, afectaba a los problemas irresolubles de carácter ontológico (que apasionaban a su autor). La persona que ingería pastillas Murti-Bing dejaba de ser sensible a cualquier elemento metafísico; trataba síntomas tales como los excesos salvajes de un arte afectado por la «insaciabilidad de la forma» como estupideces del futuro; ya no consideraba que la llegada del ejército mongol-chino fuera una tragedia de su civilización, y entre sus conciudadanos vivía como un individuo sano rodeado de locos. Cada vez había más personas que pasaban por ese tratamiento con las pastillas Murti-Bing, la calma que conseguían contrastaba claramente con el nerviosismo de los que tenían alrededor.

Explico el final en pocas palabras: estalló la guerra y se llegó al enfrentamiento entre el ejército occidental y el oriental. Pero en el momento decisivo, antes de la gran batalla, el capitán del ejército occidental, en quien confiaban profundamente, se dirigió al cuartel de su principal enemigo y se rindió, y a cambio le cortaron la cabeza con grandes honores. El ejército oriental ocupó el país y empezó la nueva vida con la instauración del murti-binguismo. Los personajes de la novela, que antes estaban atormentados por la «insaciabilidad» de la filosofía, se pusieron al servicio del nuevo sistema, escribiendo marchas y odas en lugar de la anterior música disonante, pintando cuadros que eran socialmente útiles en lugar de la antigua abstracción. No obstante, como no pudieron liberarse del todo de su antigua personalidad, se convirtieron en notables muestras de esquizofrénicos.

Hasta aquí sobre la novela. Más de una vez su autor expresó su convicción de que la religión, la filosofía y el arte vivían sus últimos días, pero que sin ellos la vida no tenía ningún sentido (fue el creador de un sistema ontológico que remitía a la monadología de Leibniz). El 17 de septiem-